

TRAS UN VELO

Reflejado estaba su rostro en un pequeño espejo de pared, algo descascarillado a causa del tiempo. Mostraba aquella piel morena aterciopelada, joven por su temprana edad, unos ojos grandes color de azabache, que destellaban tristeza, unos labios que suspiraban el conseguir algún día esbozar una sonrisa ...

La pequeña niña, Karima, imaginaba su vida adulta, ella sería una mujer dulce, callada y obediente, como le gustaba a los hombres; su marido sería como su padre, un hombre fuerte, cariñoso pero, a la vez con carácter cuando alguien no realizaba bien su cometido, un excelente padre de familia; esperaba tener hijos, muchos hijos, y no cometer el error de su madre, que sólo había tenido dos hijas; tendría una casa muy grande, que compartiría con las otras mujeres de su esposo, pero ella sería la preferida ...

Cuando más ensimismada estaba en estos pensamientos, escuchó una voz ronca, profunda y varonil; era su padre; se acercó a la puerta, para escuchar mejor, venía acompañado de otro hombre, un hombre algo mayor que su padre, con una barba blanca, un "dishdash" azul, y un turbante verde botella, ambos desgastados, algunos rotos se dejaban entrever por los pliegues de las ropas, llevaba el Corán bajo el brazo ... ¿Cuál de todas las niñas sería la destinada a casarse con aquel hombre? No le agradaba la idea de que podía ser ella, pero si su padre así lo decidía, lo aceptaría.

Sentada en un rincón Karima escuchaba cómo conversaban, como ella tantas otras niñas en la casa, algunas ansiosas por verse convertidas en mujeres y poder formar una familia, otras suplicantes en no ser ellas las elegidas, en no tener que ver alterada su niñez ... pero todas esperaban saber pronto quien sería la elegida.

Sentados, de rodillas, dejando caer su cuerpo sobre las piernas, su padre y aquel hombre de barba blanca, finalizada la conversación, se pusieron en pie, y caminaron hacia la puerta, hacia su puerta. Aterrada llamó a su hermana, Maree, que, como siempre, contemplaba el exterior a través de un orificio en la pared, causado por el desprendimiento de una de las piedras. Maree miraba al horizonte con el deseo de salir, encarcelada en esas cuatro paredes, encarcelada por no poder expresar sus sentimientos, encarcelada en los caprichos de su padre, encarcelada en una sociedad en la que nadie podía hablar ... Ella escuchaba cómo su hermana le hablaba, le gritaba, sacudió la cabeza para poder despertar de ese mundo idealizado, sin barreras ni fronteras... Allí estaba su hermana pequeña, Karima, arrodillada a sus pies, indicándole la llegada de un hombre que se dirigía a su habitación. La mayor corrió a ponerse su burka, por suerte Karima aún no tenía que llevarlo, aunque esta así lo deseaba; su hermana quería hacerse mayor demasiado pronto, quería tener una familia y vivir a merced de esta, y Maree setía la responsabilidad de hacerle ver cómo es realmente la sociedad en la que viven, el mundo que tiene aún por descubrir, abrirle los ojos...

Abrieron la puerta, entró su padre y, tras él, aquel hombre de barba blanca y "dishdash" azul; ellas estaban con la cabeza agachada y la mirada en el suelo, mientras aquel hombre las contemplaba de pies a cabeza. Durante largo tiempo calló,

luego llamó a la menor de las dos hermanas, lentamente caminó a su alrededor, cada paso que daba parecía arrancar el compás de una melodía profunda y muy triste, se agachó y acarició su larga cabellera oscura, sedosa y ondulada, se levantó y caminó hacia la mayor, la miró fijamente y se volvió hacia su padre, balbuceó algunas palabras inauditas para ellas y salió de la habitación. El padre tomó del brazo a la mayor de las hermanas, la miró fijamente y le expuso cuál sería su destino.

Maree había sido vendida por tres camellos, no había sido un buen año, y aquel hombre de barba blanca era lo máximo que estaba dispuesto a dar, imperaba la necesidad.

La boda sería celebrada a las dos semanas; su vida cambiaría, sus costumbres, su entorno ... a Maree sólo le quedarían recuerdos, el recuerdo de aquella pequeña habitación en la que siempre había vivido, el recuerdo de aquellos niños jugando en las dunas, camellos cargados, caminantes, hombres comerciando bajo harapientos tenderetes, burkas andantes siempre acompañados por hombres, recuerdos de lapidaciones, de mutilaciones, de guerras, todos son recuerdos de una mirada atenta desde un pequeño orificio en la pared, su único contacto con el mundo exterior, pero a pesar de no haber sufrido esto en su propia piel, lo sentía y estaba triste de vivir en ese lugar, quería conocer mundo, viajar por todas aquellas ciudades libres, quería llegar a ese mundo del que tanto le habían hablado...

Comenzó una tarde como otra cualquiera. Maree se encontraba en aquel rincón de su habitación que le permitía divisar el mundo exterior. Con sus piernas entrelazadas, jugando con su pelo contemplaba fijamente todo lo que sucedía, a cada persona que se adentraba en su campo de visión, observaba cómo iba vestida, cómo andaba, cómo actuaba, e intentaba adivinar sus vidas, sus pensamientos, sus sentimientos, creaba historias, todas felices... Mientras ella imaginaba un mundo perfecto, un mundo imperfecto, lleno de problemas y enfrentamientos circulaba a su alrededor y se mostraba ante aquel pequeño hueco de su pared, pero no lo veía, o no quería verlo, le ocurría lo mismo que ahora le ocurre a su hermana Karima, una venda en sus ojos le impedía apreciar la situación de su entorno, ahora era ella quien quería mostrarle a la pequeña la realidad del mundo y la precaria situación en la que vivían, al igual que desde aquel día se lo hicieron ver a ella.

Contemplando estaba a los mercaderes, cuando un golpe seco la estremeció, provenía del interior de la casa, un agudo chillido logró que reaccionara. Corrió hacia la puerta, abriéndola de par en par se apresuró hacia el lugar de donde provino aquel sonido.

Allí se hallaba Karima, tumbada en el suelo, inconsciente, con una herida en la sien y un taburete caído a sus pies; rodeada por otras mujeres de la casa, que al igual que Maree, habían salido al escuchar aquel golpe. Todas a su alrededor y ninguna hacía nada, quizás por miedo a encontrar la muerte de la pequeña, quizás impresionadas, quizás por no saber actuar o quizás por la presencia del padre. Su parsimonia, tirantéz e inmovilidad, parecía ordenar la quietud de todos; pero Maree no podía observar su inconciencia sin hacer nada, intentó actuar, pero no sabía cómo hacerlo, intentó convencer a su padre para que le ayudara o que al menos llamara a un médico,

pero, ¿para qué?, ningún hombre estaría dispuesto a atender a una mujer, y a las mujeres no les estaba permitido estudiar, difícilmente encontraría una mujer médico. ¿Qué debía hacer? Maree deseaba salir de allí, y pedir ayuda, pero sólo podría hacerlo acompañada de un hombre, y precisamente su padre no parecía estar dispuesto a abandonar el harén. ¿Qué debía hacer?

Se hacía preguntas a las que no había tiempo para responder, su impotencia y deseos de luchar ganaron la batalla a su cordura. Maree corrió a buscar ayuda, nadie le atendía. ¿Le iban a dar importancia a los impetuosos gritos de una adolescente desesperada? Corrió hasta quedar exhausta y no saber donde se encontraba. Rendida a causa del esfuerzo se apoyó en una pared, dos lágrimas corrieron por su rostro ante la posibilidad de la pérdida de su hermana y la impotencia de ver cómo por el hecho de ser mujer nadie la escuchaba. Gritó, gritó tanto como pudo y se maldijo de no haber sido varón... sus ojos empañados en lágrimas le impidieron apreciar la presencia de un hombre, era un hombre joven, alto, de ojos verdes y cabello y tez claros, era extranjero. Se acercó a Maree y arrodillándose ante ella, le levantó cuidadosamente la barbilla hasta encontrarse con sus ojos, rápidamente ella se puso en pie, bajó la cabeza e intentó explicarle lo sucedido. Fue muy afortunada, era un médico que había sido destinado para hacer unas investigaciones. Ella no podía indicarle el camino, no sabía dónde estaban ... sólo pudo darle una vaga descripción sobre el paisaje que ella veía desde su habitación, pero por suerte para ambos pronto consiguieron encontrar el camino.

Cuando llegaron, su padre se había marchado a comerciar. La indiferencia que este sentía ante el estado de su hija la dejó atónita. ¿Dónde estaba aquel hombre fuerte, fiel y justiciero que ella conocía? Una imagen equivocada de su padre la hizo reflexionar...

Aquel médico extranjero no sólo ayudó a curar a Karima, sino a mostrarle la realidad de su vida. Tarde tras tarde, él visitaba el harén para revisar la salud de la pequeña, y poco a poco, estas visitas fueron algo más, en ellas él le contó cómo era su país, un país libre en el que todos pueden hablar sin miedos, en el que cada persona es dueña de su destino, donde cada una decide con quien quiere compartir su vida, un país en el que todos son iguales, sin tener en cuenta el sexo, la raza, la religión o la nacionalidad, un lugar donde todos pueden ir a la escuela, donde les enseñan a leer y escribir, donde les ayudan a formar su futuro, un país en el que hombres y mujeres son iguales, con los mismos derechos y deberes, con las mismas posibilidades para trabajar ...

Desde entonces Maree soñaba con aquel país y deseaba vivir en un mundo así ... Y ahora ella veía interrumpidos todos esos deseos, ahora debía enfrentarse a la realidad, la realidad de un pueblo en el que quien decide el futuro es su padre y más tarde su marido. Donde los hombres son los predilectos, donde las mujeres deben avergonzarse de su sexo, donde ellas son seres indiferentes que deben cubrirse de pies a cabeza. Una sociedad donde la mujer es un ser muy inferior...

Ahora Maree debía casarse con aquel hombre de barba blanca y renunciar a todos sus sueños, renunciar a la igualdad; pero antes de marcharse se propuso un

cometido, en esas dos cortas semanas, debía hacerle entender a su hermana que no en todo el mundo se vivía así, que debía aprender cómo era la vida en otros países y que debía huir de todo aquello y decidir por ella misma...

En aquellas dos semanas Karima pareció entenderlo, pero no alcanzó a comprender el grado de injusticia hasta pasado algún tiempo ...

La boda se celebró, como era habitual, separados por sexos, la novia e invitadas separadas de los invitados y el novio. Dos bodas distintas, en la que más tarde se verían para pasar la noche juntos, una idea nada agradable para ella ... Casada con un hombre que le triplicaba la edad, cuyos deseos no eran compartidos y cuyos pensamientos no se asemejaban a los suyos ...

Maree quiso luchar por sus derechos, decidió no obedecer a los deberes impuestos por su marido y su sociedad, se rebeló a las autoridades ... y ...

Y como tantos otros días, titulares de periódicos occidentales reflejaban: "Lapidación de una mujer afgana".

Fue lapidada por querer trabajar, por querer ser libre, no depender de nadie, por luchar por la igualdad ...

Y con la muerte de su hermana, aquella pequeña niña, Karima, cuyo rostro siempre contemplaba en aquel pequeño espejo de pared, aprendió a crecer, abrió los ojos y quiso dar a conocer esta historia al mundo ...

Huyó junto a aquel médico blanco que un día la ayudó y supo mostrarle cómo era su país ... un mundo por el que su hermana, Maree, luchó hasta quedarse sin vida ...

Gracias a su hermana aquella niña creció y todo quedó atrás. Aquella mirada escondida bajo una tela, una barrera entre una sociedad y la voz de una niña, la voz de un pueblo, un pueblo sometido a un régimen fundamentalista en el que las mujeres carecen de nombre, semblante y voz ...

GLORIA COPETE CAPILLA

15 años, Huelva